

DOS CONCEPCIONES DIALÉCTICAS DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Sergio Sevilla

“Pero esta diversidad de los sistemas filosóficos está muy alejada para tomarla como una simple excusa; pasa más bien por un fundamento serio, verdadero, en parte contra la seriedad con que el filosofar lleva a cabo su menester, como una justificación para no ocuparse de ella, y como una instancia irrefutable de la inutilidad del intento de querer alcanzar el conocimiento filosófico de la verdad.” (Hegel, “Introducción a la historia de la filosofía”, Trad. Cast. de Eloy Terrón, Editorial Aguilar, p. 239).

Hemos elegido este texto de Hegel, entre muchos otros posibles y de los más diversos autores, para plantear un problema a la vez tradicional y vigente en la historia del pensamiento filosófico: el problema de su propio sentido como tal historia de doctrinas.

El hecho de que dicha sucesión no se haya visto coronada históricamente por unos resultados unitarios, coherentes y más o menos definitivos ha sido tradicionalmente la fuente principal de críticas; la carencia de dicha síntesis total —como subraya Hegel en el párrafo que acabamos de citar— ha intentado convertirse en argumento “científico” de la “falta de científicidad” de la filosofía.

Aparte de la dificultad de proponer un criterio científico de “cientificidad” (a. Dificultad de establecer un criterio que determine si una teoría dada es o no científica; b) ¿qué garantizaría la científicidad del criterio de científicidad?; c) supuesta la existencia de tal criterio ¿habría que rechazar toda actividad teórica que quedase fuera de él?), no creemos que este punto de partida pueda conducirnos a ninguna parte, o

al menos, a ningún lugar más privilegiado que el que ocupan las teorías filosóficas mismas. El establecer un criterio de “cientificidad” sería por sí mismo una actividad filosófica con lo que quedaríamos presos en idéntica historicidad, no trascenderíamos el estatus de una opinión más en una ya muy larga serie.

El problema que queremos abordar no es pues el de un criterio que absuelva o condene la historia de la filosofía desde una instancia teórica pretendidamente superior. Partiremos más bien del hecho de que han surgido en la historia —pasada y presente— del pensamiento ciertas posturas que han condenado la filosofía basándose en el hecho de su relatividad histórica.

El problema se formula entonces en los siguientes términos: ¿Tiene sentido actual la problemática histórica de la filosofía?, ¿la diversidad de doctrinas demuestra la vaciedad de la reflexión filosófica como actividad humana?

El pensamiento dialéctico es el que considera una etapa histórica como “superación” (negación y conservación a un nivel más alto) de la fase anterior. El pasado, pues, está “superado” en el presente. ¿Tiene sentido, entonces, plantearse desde una perspectiva dialéctica un problema filosófico del pasado si el movimiento histórico mismo se ha encargado de superarlo?, ¿qué sentido tiene hacerlo si ya se ha conservado aquello que hay de vigente y se ha negado lo que era meramente circunstancial?

No existe, desde el pensamiento dialéctico, una respuesta única a esta cuestión. El papel que dan a la historia de la filosofía los filósofos dialécticos están en función de su forma de definir la filosofía misma. Por ello intentaremos centrar —no reducir— la variedad de respuestas posibles en las posturas respectivas de dos caracterizados filósofos de dicha tendencia: Louis Althusser por una parte y Antonio Gramsci por otra.

Althusser: función de la filosofía y de su historia: Tomamos la definición de filosofía que nos da el pensador francés en la siguiente tesis: “La philosophie a pour fonction majeur de tracer une ligne de démarcation entre l’idéologique des idéologies d’une part et le scientifique des sciences d’autre

part. Nous conviendrons d'appeler cette ligne de démarcation la 'rupture' " (L. Althusser, "Cours de philosophie pour scientifiques", que tuvo lugar en L'Ecole Normale Supérieure, Tesis 20). Así pues, la filosofía parte siempre para su actuación de la existencia de un dominio teórico previamente dado, dentro del cual deberá distinguir entre ideas verdaderas e ideas falsas, entre lo científico y lo ideológico. La filosofía no afirma nada sobre objetos reales ni sobre la totalidad; la filosofía es tan sólo una línea de demarcación, una línea que "no es nada, ni siquiera un trazado, sino el simple hecho de demarcarse, es decir, el vacío de una distancia".¹ Pero incluso esta línea de demarcación carece de entidad y dinámica propias en la medida en que "está relacionada con la historia de las prácticas científicas y de las ciencias" (L. & Ph., p. 51).

Dejaremos para más adelante el problema evidente de qué se entiende aquí por ciencia —esa ciencia que convierte a la filosofía en verdadera esclava suya— para entrar en la cuestión de las consecuencias que de aquí se derivan para la historia de la filosofía.

Si la filosofía es una línea de demarcación entre lo científico y lo ideológico, línea que, como acabamos de ver, "no es nada, ni siquiera un trazado" entonces se deduce lógicamente de ello la tesis de que "...la historia de la filosofía se anula en la nada que produce". Es cierto que esta nada cumple una función "puesto que tiene como apuesta el destino de las prácticas científicas, de lo científico y de su otro, lo ideológico", pero esta función es sólo de dos clases: "O bien las prácticas científicas son *explotadas*, o bien son *servidas* por la intervención filosófica" (L. & Ph., p. 50, subrayado nuestro). La filosofía, en su historia, se halla en una relación ya de explotación, ya de servidumbre respecto de las prácticas científicas, pero en ningún caso tiene ni función propia, ni contenido ni, por tanto, posibilidad alguna de conservar cierta vigencia fuera del contexto histórico en que desempeña su

¹ "Lenin et la Philosophie", p. 51, Las siguientes citas que se hacen de este artículo de Althusser se reseñarán dentro del texto con la abreviatura (L. & Ph.), con indicación de la página de su edición francesa.

función, queremos decir fuera de la época en que fue formulada. Para Althusser “se hace entonces comprensible que la filosofía tenga una historia y sin embargo nada suceda en ella. Porque la intervención de cada filosofía, que desplaza o modifica categorías filosóficas existentes..., es simple y llanamente la nada filosófica” (L. & Ph., p. 50-51).

Esta postura de extrema dureza frente a todo quehacer filosófico y, por ende, frente a la historia de dicho quehacer queda tan sólo paliada en cierta forma cuando Althusser reconoce que “lo que llamamos filosofía sirve también de laboratorio teórico donde se elaboran las categorías nuevas requeridas por los conceptos de la nueva ciencia” (L. & Ph., p. 28). No puede negársele razón a Althusser cuando señala la estrecha relación existente entre la filosofía y la ciencia, pero ello suscita al menos dos cuestiones de índole más general, a saber: (I) ¿Qué debemos entender por ciencia?, (II) ¿Es la ciencia la única actividad humana digna de convertirse en objeto de la filosofía?

Althusser entiende por ciencia, en sentido estricto, “disciplina teórica, es decir, ideal y demostrativa, y no conclusión de resultados empíricos” (L. & Ph., p. 27). Quizá exceda los límites del presente trabajo entrar en el tema de la enorme imprecisión que tal definición encierra y de la cantidad de saberes empírico-positivos que quedarían excluidos por obra y gracia de la misma. A la vez habría que reflexionar sobre la posibilidad de que grandes porciones del pensamiento filosófico en general e incluso metafísico pudieran responder a las notas de “disciplina teórica, ideal y demostrativa” con las que Althusser define el término ciencia. Pero no vamos a ocuparnos de ello; sólo queremos constatar que se trata de una definición meramente estipulativa² y,

² Usamos el término “definición estipulativa” en su sentido corriente, es decir: estipulamos el significado de una palabra cuando “enunciamos lo que nosotros vamos a significar por ella” frente a aquel otro tipo de definición en el que “informamos de lo que significa (la palabra) para la gente en general”. (J. Hospers: *Introducción al análisis filosófico*, T. 1, p. 60). Probablemente el desconcierto que produce la definición que Althusser da de la filosofía y de la historia de la filosofía no sea más que la consecuencia lógica de haber estipulado un

por supuesto, muy discutible no sólo desde el punto de vista de la filosofía, sino muy principalmente desde el de esa "ciencia" a la que hay que salvar de contaminaciones ideológicas.

Por lo que hace a la segunda cuestión, nos limitaremos a señalar la extrañeza que produce el hecho de que otras actividades humanas intelectuales (como el arte, etc.) o no intelectuales (como la acción cotidiana, la política, etc.) sean excluidas del campo de la reflexión de la filosofía, aún cuando ésta no aspire a convertirse en una enciclopedia que abarque la totalidad del quehacer humano. En otras palabras: una cosa es que la filosofía pueda carecer de un objeto propio, peculiar y que sólo pueda ser estudiado por ella (como lo tienen las ciencias positivas) y otra muy distinta que la filosofía sea un vacío, sin contenido propio, que se limita a separar dos campos de actividad intelectual que sí tienen contenido (verdadero o falso, eso es otra cuestión). ¿Cómo puede el vacío demarcar? La actividad de demarcar entre ciencia e ideología, de separar lo verdadero de lo falso ¿no presupone un *criterio de demarcación*?

Por otra parte, ¿es que la reflexión crítica sobre la actividad teórica, científica, artística, etc., tiene como resultado el vacío? No estamos en condiciones de dar una definición de filosofía, pero sí parece claro que existen problemas de los que no se ocupa ninguna ciencia positiva (o bien porque les son ajenos, o bien porque desbordan su marco de acción) y sobre los que, sin embargo, es necesario reflexionar de la manera más rigurosa posible, aunque los resultados de dicha reflexión no puedan someterse a una contrastabilidad empírica o matemática del tipo usado por la ciencia positiva. Tal reflexión, siempre que no contradiga teorías empíricamente contrastadas (en cuyo caso entraría en el terreno de la ciencia positiva) y en tanto que se atenga al objeto (y no lo re-cree imaginativamente como hace el arte) puede producir contenidos de pensamiento lógicos y coherentes y, ¿por qué no?, perfectamente legítimos. ¿Por qué la historia de la filosofía no puede ser la historia de dicha reflexión.

concepto de ciencia con el que muy pocos científicos y filósofos de la ciencia estarían de acuerdo.

Un tercer problema, y que nos interesa mucho más para nuestro tema actual, es el de la absoluta relatividad a la situación histórica en la que surge el conocimiento filosófico, tesis implícita, a nuestro modo de ver, en la afirmación de la “nada filosófica”.³ Por plantear el problema en términos marxianos, la dificultad no estriba en comprender que el “arte y la epopeya griegos estén vinculados a determinada forma del desarrollo social. La dificultad está en que aún siguen proporcionándonos un goce estético, y, en cierto sentido, valen como norma y modelo inalcanzable” (C. Marx, “Contribución a la crítica de la economía política”, citado por K. Kosík en su “Dialéctica de lo concreto”, p. 152).

Traducido a nuestra problemática se trataría de ver cómo es posible que siendo la filosofía una línea de demarcación perfectamente relativa al estadio de desarrollo del objeto demarcado existan no obstante problemas filosóficos que vuelvan a plantearse con pertinacia (reformulados según el momento, es cierto) dos mil años después de haberlo sido por vez primera y cuando el contenido del objeto demarcado es tan notoriamente distinto. Surge de nuevo la cuestión: hacer historia de la filosofía ¿es desenterrar osamentas?, ¿estamos haciendo la crónica de una nada multiseccular, de una línea de demarcación que tuvo sentido cuando estaba al servicio de la Geometría de Euclides pero que deja de tenerlo cuando se descubren nuevas geometrías posibles?

Veamos lo que tiene que decir al respecto la segunda de las posturas dialécticas anunciadas.

³ Aplicando el criterio de Althusser la filosofía griega sería una “nada” que demarca entre la ciencia griega y la ideología griega. En el siglo XVI surge una ciencia totalmente distinta de la de los griegos, y, asimismo, una ideología correspondiente a una situación histórica dispar. La filosofía del Renacimiento sería la “nada” que demarca ciencia renacentista e ideología renacentista. ¿Qué sucede entonces con los problemas filosóficos? ¿Se desvanecen los antiguos para surgir otros “totalmente” nuevos? Los problemas y soluciones de los griegos, ¿sólo tienen validez respecto de su ciencia y su ideología? ¿Quedan totalmente dependientes de la situación en que nacieron y enterrados con ella?

Antonio Gramsci: Entramos con este autor en terreno opuesto de Althusser: la postura historicista. “No se puede separar la filosofía de la historia de la filosofía ni la cultura de la historia de la cultura” (A. Gramsci, “La formación de los intelectuales”, p. 63, ed. Grijalbo). Esto es, el pensamiento filosófico es una parte de la realidad humana general puesto que es creado por hombres reales y responde a los problemas; por tanto, el pensamiento forma parte de dicha realidad. La historia de la filosofía no es, pues, sino una parte de la historia general y, si queremos entenderla cabalmente, no podemos separarla de ella.

Para entender correctamente esta tesis es imprescindible recurrir a la definición que Gramsci da de filosofía. En su opinión, hay que distinguir claramente entre dos tipos de filosofía o, más bien, entre dos niveles distintos de existencia del pensamiento filosófico: a) la filosofía del hombre común, b) la filosofía del filósofo profesional.

Hay que partir del hecho de que todo hombre es un filósofo en la medida en que no puede dejar de tener “una concepción del mundo que se ha convertido en norma de vida”.⁴ Aquí define Gramsci “filosofía” en el sentido más amplio posible —partiendo de la definición que da Croce de la religión. Se trata de que toda acción humana se inscribe, de una forma más o menos coherente, en una forma de ver las cosas, la realidad y de esta forma “todos los hombres son filósofos en la medida en que operan prácticamente, y en su obrar práctico (en las líneas directivas de su conducta) está contenida implícitamente una concepción del mundo, una filosofía”.⁵

Frente a esta filosofía presupuesta en la acción de cada hombre, o más bien junto a ella, se desarrolla la filosofía del filósofo, el “ingeniero” de concepciones del mundo. La diferencia entre ambas estriba en el carácter crítico que posee la filosofía del filósofo. El filósofo profesional y el no filósofo (en la medida en que no esté afectado por una tara mental)

⁴ A. Gramsci: *Introducción a la filosofía de la praxis*, p. 39, ed.: Península.

⁵ *Ibíd.*, p. 40.

han de tener necesariamente una concepción del mundo, que no es sino una respuesta “a determinados problemas planteados por la realidad, establecidos y ‘originales’ es su actualidad”. La diferencia entre ellos estriba en que la concepción del mundo del filósofo es crítica, esto es, unitaria, coherente e históricamente autónoma.⁶ De estas tres notas que definen la filosofía profesional vamos a seleccionar para nuestro propósito la tercera.

Una filosofía históricamente autónoma es aquella que responde a los problemas actuales teniendo en cuenta el momento histórico en que aparece; ha de partir de las respuestas que a sus problemas han dado los filósofos precedentes —más de dos mil años de “filosofía de filósofos”— precisamente para superarlas: para abandonar lo que hay en ellas de anacrónico, de fósil y conservar lo que hay de vigente para, desde ahí, dar la propia respuesta a los problemas de la época propia. En opinión de Gramsci, pues, “el filósofo profesional o técnico no sólo ‘piensa’ con mayor rigor lógico, con mayor coherencia, con mayor espíritu de sistema que los demás hombres, sino que conoce toda la historia del pensamiento, es decir, sabe cuál ha sido el desarrollo del pensamiento hasta él y está en condiciones de tomar los problemas en el punto en que se encontraban después de haber sido objeto del máximo número de intentos de solución, etcétera”.⁷

Nos resta añadir tan sólo dos comentarios a esta respuesta de Gramsci. En primer lugar hay que reseñar el hecho evidente de que este pensamiento dialéctico se opone a aquellos que ven en el carácter histórico de cada sistema filosófico, en los cambios que experimenta la filosofía “una justificación para no ocuparse de ella”, según la postura que ya denunciaba Hegel en el texto citado al comienzo del presente artículo.

En segundo lugar debe notarse la enorme distancia que media entre las dos concepciones dialécticas de la historia de la filosofía que acabamos de presentar. Esta distancia, evidentemente, está en función de las respectivas formas, tan

⁶ Véase las “Cuestiones preliminares de filosofía” en *La formación de los intelectuales*, p. 63.

⁷ *Introducción a la filosofía de la praxis*, pp. 43-44.

diferentes, de concebir la filosofía de Althusser y Gramsci. Línea de demarcación entre ideología y ciencia, concepción crítica del mundo,⁸ son dos conceptos de filosofía que merecerían por sí mismos una larga y minuciosa discusión, un precisar el sentido de los términos y los términos del problema, etc.

Se podría aceptar como punto de partida —al menos de forma provisional— que la filosofía sea una concepción del mundo, si bien habría que precisar el papel que juegan en la formación de toda concepción del mundo no sólo la filosofía, sino también la ciencia positiva, el arte, la religión, los sistemas de valores, y otros muchos componentes. Habría también que advertir el problema que entraña el concepto de “superación”. Es fácil decir que tomamos del pensamiento pretérito aquellas aportaciones conceptuales que son o pueden ser relevantes para nuestra problemática actual abandonando al mismo tiempo los fósiles. Pero el criterio con el que deba realizarse esta operación es harina de otro costal y depende de muchas variables que no es fácil controlar.

No obstante, si el estudio del pensamiento pretérito ha de tener algún sentido para el pensador actual creemos que ha de buscarse en este último sentido y no encontramos razonable, ni teóricamente justificada, la postura que rechaza, sin más, la filosofía y su historia como un cúmulo de vanas pretensiones, ni como una forma precientífica de conciencia humana, ni aquella otra que la introduce modestamente como línea de demarcación vacía.

⁸ También en Gramsci, como en Althusser, hay un análisis de las relaciones existentes entre ciencia, filosofía, ideología, sentido común, etc., que pueden verse en el citado capítulo de *La formación de los intelectuales*.